

LA LITERATURA DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX

EN LA COLECCION AUSTRAL

...leyendo los cuatro libros de la colección Austral que transportaba conmigo de casa en casa
Francisco Umbral, La noche que llegué al Café Gijón.

Hasta no hace demasiados años en España hemos podido leer muchos libros importantes porque llegaban desde Sudamérica; es el caso de algunos publicados desde 1937 en la Colección Austral, que, como se sabe, tuvo sus orígenes en Argentina. De ahí el nombre de esta Colección que ofrecía al lector "los libros de que se habla", los de éxito permanente, los clásicos, los que no se podían leer porque eran caros o se ofrecían en ediciones sin garantía. La Colección Austral surgió, pues, con un objetivo difusor claro, que ha cumplido de sobra, pero sin que eso significara presentar los textos de forma deficiente ni con malas encuadernaciones. Al contrario, su precio económico no significaba descuido: a una imagen inequívoca y reconocible, antes y ahora, la Colección sumaba su objetivo de cubrir todos los ámbitos de interés de los lectores: hay "un libro para el gusto de cada lector", se dice en las solapas y en las contraportadas.

Esta Colección, que yo he visto casi completa en casas de amigos que ya tienen cierta edad, fue para muchos el mejor alimento espiritual, amplio y variado, que se podía encontrar en la España de postguerra.

Dentro de ese objetivo de ofrecer un libro para cada lector, no se olvidó la producción de los siglos XVIII y XIX. Que se tuviera presente al XIX no es de extrañar, dado que se le ha considerado siempre como una época de apogeo de la literatura española y en ella, y en la Colección, se encuentran personalidades de la talla de Gustavo Adolfo Bécquer, Benito Pérez Galdós, José M^a de Pereda, Juan Valera, Leopoldo Alas Clarín, Emilia Pardo Bazán, Ramón del Valle-Inclán, Miguel de Unamuno, Santiago Ramón y Cajal o Marcelino Menéndez Pelayo, junto a otros de menor empaque, como Serafín Estébanez Calderón (hoy descatalogado), Ramón de Mesonero Romanos (a quien prologa Ramón Gómez de la Serna, y también descatalogado) o Mariano

José de Larra (de quien se ocupó Azorín), los dos últimos de 1942, y más tarde Espronceda y Zorrilla. Todos ellos son editados en los primeros números de la Colección, durante los años cuarenta. Posteriormente vendrán otras figuras, quizá no tan importantes entonces pero que después han sido revalorizadas por la historiografía; por ejemplo, Antonio Alcalá Galiano, de la mano de Julián Marías (descatalogado).

Consultando catálogos viejos de la Colección se observa que en ella están todos los autores que conformaban el canon de la literatura española y mundial. Y esto vale también para el caso del siglo XVIII en general. Digo en general porque, si bien es posible encontrar en los primeros números a Boswell, al abate Prévost y a otros europeos que formaban parte de ese grupo prestigiado, resulta más difícil hallar representantes españoles de esos años, mientras que no sucede lo mismo con el XIX europeo y español. La explicación creo que se encuentra en que hasta no hace mucho aquella época de la historia y de la literatura españolas padecía el estigma de la historiografía decimonónica, que calificaba al siglo de enciclopédico, afrancesado, galófilo o galicano, europeísta y antiespañol. Todos estos epítetos, o más bien sambenitos, convertían a la centuria ilustrada en el patito feo de la historia literaria española y, por lo tanto, su presencia en el mundo editorial era limitada.

Si hoy se ha corregido bastante este cuadro en algunos ambientes del hispanismo, es cierto que en otros y entre la generalidad de los que se dedican a estudiar la literatura española, el XVIII o la Ilustración sigue siendo el siglo peor conocido.

Con ese panorama, mucho más militante en los años cuarenta, no llama la atención que en la Colección Austral no encontremos los nombres ni las obras de autores ilustrados nacionales hasta los años cincuenta, cuando sin embargo se publican antes los trabajos de sus contemporáneos europeos. La situación del XVIII es variopinta. El primero de los españoles de esos años que aparece, si no me equivoco, es Manuel José Quintana, aunque con sus biografías publicadas en el XIX, y luego Vicente García de la Huerta, con la Raquel (ambos

descatalogados), y Leandro Fernández de Moratín con sus comedias. Más tarde llegaron Jovellanos --sólo las memorias sobre los espectáculos y el castillo de Bellver--, Tomás de Iriarte (ambos descatalogados), José Cadalso en 1952, Félix M^a de Samaniego en 1964, Torres Villarroel en 1989, el padre Isla en 1991 (procedente de la otra colección de Espasa: Clásicos Castellanos), Juan Meléndez Valdés en 1991, pero todavía hoy está ausente Feijoo.

Como se puede observar, una situación ambivalente, puesto que algunos de los autores que se publicaron en los años cincuenta y sesenta han desaparecido del catálogo, para dar paso, sin embargo, a otros de la misma época y del mismo valor estético e ideológico. Este ligero panorama, a base de algunas calas, muestra bien de qué manera se recibía una época de la cultura española en los años de postguerra, y cómo se entiende hoy, cuando las circunstancias que motivaron aquella realidad han desaparecido.

En la nueva etapa de la Colección, y así mismo en Austral didáctica, se percibe un aumento de textos de autores del siglo XIX, en especial de Miguel de Unamuno y de Valle-Inclán, que montan ya sobre el XX, y también cierta presencia del XVIII, consecuencia de la reorientación científica a que antes aludí, pero presencia mucho menor de la que tienen otros momentos de la historia literaria española.

Como es sabido, atender a lo que publican las editoriales es un buen medio para conocer la suerte de un autor, de una época, de un género, y para saber cuáles son los gustos del público en los distintos momentos. En este sentido, parece claro que no hubiera demanda de autores del XVIII, y que tampoco se arriesgara a publicarlos una editorial, si, como se ha dicho, aquella época estaba estigmatizada.

Una de las consecuencias de tales consideraciones fue que se beneficiaron otras épocas, y en especial el mismo XIX, que tanto debe al siglo ilustrado.

Sin embargo, en este juego de valorar unas épocas frente a otras, unos autores sobre otros, se produjeron curiosos casos editoriales, como la publicación en la Colección Austral, con el n^o 597, de El abate Marchena de Menéndez Pelayo (ahora

descatalogado), un libro en el que la fascinación de don Marcelino por el heterodoxo es mayor que la condena y la enumeración de defectos que de él y su obra pueda hacer.

La demanda de textos del siglo XVIII y sobre él sigue siendo aún pequeña, pero mucho se ganaría en conocimiento de esa época --y en explicación de la nuestra, puesto que somos hijos de la modernidad que surge con la Ilustración y el Romanticismo-- si desde una colección como es Austral, cuidada, de precio económico y con voluntad divulgativa, y que tiene otros autores que venden más y la sustentan, se ofreciera al público una mayor oferta de autores y obras de esos años. El beneficio sería intelectual y económico, pues se trataría de una inversión: la Colección Austral estaría creando lectores interesados en nuevas áreas de conocimiento.

Decir que la Colección Austral forma parte de nuestro mejor pasado cultural y que ha sabido ponerse al día para seguir jugando su papel divulgador es decir una obviedad. Por lo que respecta a los siglos XVIII y XIX de la literatura española, ese objetivo tiene todavía mucho campo abierto, recuperando parte de su fondo antiguo y ofertando nuevas obras, ya que, como muestra por ejemplo la consulta del catálogo Austral de marzo de 1996, sólo hay 10 autores del XIX, sin contar a Unamuno y Valle que se incluyen en el XX, con veintidos títulos; y cinco escritores del XVIII, con ocho obras publicadas.

Es indudable que los gustos e intereses del público cambian y que, según parece, aunque se venden más libros, se lee menos, pero si el XVIII fue siglo de utopías que en parte realizó el XIX, ¿por qué no aceptar la utopía de crear más lectores interesados en esos años?

Joaquín Álvarez Barrientos
(CSIC) Madrid